

hombre primero, se dice por Dios á esa serpiente, mónstruo infernal que ha inspirado al hombre el pecado: «Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales. Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu linaje y su linaje. Ella quebrantará tu cabeza: *ipsa conteret caput tuum*. Tu has vencido á la primera mujer; mas yo levantaré otra que se burle de tus asechanzas. Ella quebrantará tu cabeza, y mostrará cuán débil y flaco es tu poder: *ipsa conteret caput tuum*. San Ambrosio, San Gregorio, San Agustín, San Epifanio, el abad Ruperto y otros Padres y doctores de la Iglesia convienen en que esa mujer es la Virgen Santísima, y que la cabeza que debia quebrantar es el pecado original; y este triunfo gloriosísimo de María tiene lugar en los momentos solemnes de su Concepcion inmaculada. Entonces es cuando el Señor la colma de todas sus gracias, la comunica todos sus auxilios y favores, la enriquece con todos sus dones, la sublima al mas alto grado de gloria, porque entonces, cuando el ángel maldecido del pecado se apresia ufano á tomar posesion de aquella alma bendita, se necesitan en María los auxilios eficaces para aplastar su cabeza, las gracias mas singulares para oponerlas al pecado, las prerogativas mas sublimes para sobreponerse á las asechanzas de la serpiente que trata de herir el calcañar de la que venia á destruir su satánico poder, y ominosa dominacion: *et tu insidiaveris calcaneo ejus*. Ved en esta gracia de preservacion el origen fecundo de todas las maravillas, de todas las grandezas, de todas las glorias inefables con que al Señor plugo enriquecer á la Virgen Santísima que destinaba para Madre suya, y nueva Madre de todos los hombres: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

Con grande fundamento podemos decir, A. H. M., que en esa ocasion solemnisima seria cuando, contemplando el Señor á María, la obra mas acabada, y la mas perfecta de sus manos, la dijo estas palabras de los Cantares: «Toda eres

hermosa, amiga mia, y mancilla no hay en tí. Ven del Líbano, esposa mia, ven del Líbano, ven; serás coronada de la cima de Amaná, de las cumbres de Sanir y de Hermon, de las cuevas de los leones, de los montes de los leopardos;» ven á ser coronada y engrandecida de mi gracia, fuente purísima de todas las glorias, sin que temas los leones y los leopardos del pecado que son tus enemigos, porque asegurada tienes la victoria, y la corona: *veni de Libano; coronaveris de capite Amaná, de vertice Sanir et Hermon, de cubilibus leonum, de montibus pardorum*. «Has llegado mi corazon, hermana mia Esposa, has llagado mi corazon. Huerto cerrado, eres, fuente sellada,» fuente de agua pura y serena, guardada con cuidado para que nada ni nadie la enturbie; huerto cerrado que tiene por resguardo á mis ángeles y por defensa á mi mismo: *hortus conclusus, fons signatus*. Y nosotros al contemplar en la Concepcion inmaculada de María, el triunfo magnífico de la gracia, que es el principio de toda su gloria, bien podemos esclamar tambien con el cantor sublime de los Salmos: Has colmado de bendiciones Señora tu tierra; apartaste el pecado original; la cautividad de Jacob, perdonaste la maldad de tu pueblo, sepultaste en el olvido todos sus pecados. Has aplacado enteramente toda tu ira, y has apartado las resoluciones de tu indignacion. La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se han dado un ósculo de amor, se han estrechado mutuamente; la verdad ha nacido de la tierra, y la justicia miró propicia desde el cielo. ¡Ah! el Señor dará su benignidad por la gracia; y nuestra tierra, hecha fecunda por esta, dará su fruto porque abundará en buenas obras:» *etenim Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum*.

¿A qué mayor altura de engrandecimiento pudo elevar nuestro Dios á la Virgen dichosa que habia elegido por su Madre? por que ya lo veis, en su Concepcion María ha recibido la gracia divina que es el principio de todas sus glo-

rias. «El Señor dueño de todos los bienes y árbitro soberano del destino de todos los hombres, dice un escritor, hubiera podido reunir en su persona todo lo que los honores, las riquezas, la nobleza, la hermosura, la dicha temporal presentan de mas grande y de mas distinguido. ¿Pero qué le hubiera dado? ¡Oh! ciertamente Él quiso elevarla segun la profundidad de su sabiduría, y la generosidad de su bondad; quiso hacerla la criatura mas perfecta y la mas digna de su amor; por esto la enriqueció de inestimables tesoros. ¿Más cuales son estos tesoros. H. M? Son los tesoros de la gracia.»

¡Qué dichosos seríamos, A. H. M., nosotros si llegásemos á persuadirnos que esa divina gracia que tan admirablemente brilla en la Concepcion de María, y que con profusion se nos concede durante los dias de nuestra vida es tambien para nosotros el principio único y fecundo de todas las glorias á que legítimamente aspiramos! Porque así lo comprendieron, y conforme á esta justa apreciacion arreglaron su conducta las almas santas que hoy nos llenan de asombro, pudieron llegar al grado de heroismo y de gloria en que las contemplamos en todas las esferas y situaciones de la vida. Recorred si os place esos personajes ilustres que registra la historia de la Iglesia, cuyas páginas guardan los hechos que constituyen la gloria verdadera. ¡Ah! ¿quién inspiró á los apóstoles de Jesus la heroica resolucion de conquistar el mundo para la civilizacion y para el cielo, arrancándolo á la ignorancia y á la barbarie, á la supersticion y á la idolatría, adquiriendo gloria imperecedera y justa? la gracia que recibieron del Espíritu Santo. ¿Quién alentó y sostuvo á los cristianos en los horrores del anfiteatro, ó en medio de las llamas devoradoras de la hoguera para confesar á Jesucristo y su doctrina, ciñendo la aureola gloriosa de los mártires? la gracia celestial que los llenaba de santa fortaleza, y que les señalaba en la pátria de los ángeles la palma de un eterno triunfo que conquistaban á precio de sus sufrimientos y de

su vida. Sin esa gracia santificante y salvadora no se explica la súbita conversion del estado de perversion y de malicia al mas heróico grado de virtud y perfeccion de María Magdalena y de la mujer de Samaria, de Saulo y de Agustin, de tantos y tan insignes pecadores que hoy gozan de gloria inmortal, mas que en el concepto de los hombres, en la aceptacion divina que los ha colmado de felicidad en el cielo por su conversion y por sus sacrificios; no se explica la caridad y abnegacion de Juan de Dios y de Vicente de Paul, de José Calasanz y Gerónimo Emiliano, del Hermano hospitalario que asiste y consuela al enfermo, del Agonizante y del Capuchino que velan cerca del lecho del moribundo, y que bajan al fondo del calabozo para decir palabras de paz al criminal encarcelado, del Mercenario y del Jesuita que buscan en lejano y enemigo país al cautivo para romper las cadenas materiales de la esclavitud del cuerpo, y las cadenas mas pesadas y ominosas de la esclavitud del alma, ora redimiendo muchas veces con su propia libertad, ora con su predicacion y divinas enseñanzas, de la Hija de la caridad, de la Hermanita de los pobres, y de la Religiosa de la vida contemplativa, consagradas al servicio molesto del huérfano, del pobre, y del anciano y de la humanidad entera amparándole en su abandono, mullendo su lecho, alentándolo en su debilidad, y levantando al cielo dia y noche sus manos suplicantes para interceder por los pecados de todos, mientras el mundo desconoce sus sacrificios, los vitupera y los insulta en su vida de penalidades, de retiro y privaciones que asustan á los mas animosos del siglo. ¿Pero qué importa esta ingratitud si el Señor, ayudándoles con su gracia, ha comenzado á glorificarlos con la tranquilidad de la conciencia para glorificarlos cumplidamente con la fruicion de os bienes eternos?

Y no se crea, A. M., que la gracia que tanto resplandece en la Concepcion immaculada de María, que á todos se nos

concede para obrar el bien, y que nos enseña que en ella está el principio de nuestras glorias, se necesita solo para llegar á la cumbre de la perfeccion y del heroismo en esos portentosos sacrificios que acabo de recordaros. ¡Ah! no, esa gracia es necesaria tambien para las virtudes modestas, y para los actos todos de la vida privada, como principio de la gloria que se adquiere en el cumplimiento de los deberes ordinarios á que todos estamos obligados. No busqueis sin la gracia resignacion en la pobreza, ni abnegacion en la opulencia, ni fortaleza en las contradicciones, ni paciencia en los trabajos y penalidades de la vida, ni humildad en los honores y altos puestos, ni fidelidad en las esposas, ni sumision en los hijos ni en los súbditos, ni amor y prudencia en los padres y superiores, ni paz ni bienestar en los familias y en las sociedades; y ya veis que todas esas virtudes y tantas otras que pudiera recordaros son la verdadera gloria del hombre, y mucho mas del cristiano.

Luego si en el misterio augusto de la Concepcion inmaculada de María, nuestra bendita y amorosísima Madre, contemplamos á nuestro Dios obrando en favor de esta Señora cosas grandes y portentosas, ya preservándola del pecado en el momento primero de su ser natural, y de todas sus funestas consecuencias; ya prodigándola con mano liberal las gracias mas singulares y admirables que la glorifican extraordinariamente, en ese misterio debemos aprender que no habiendo sido nosotros esentos del pecado, como lo fué María, todas las imperfecciones y miserias que deploramos, y que trabajan nuestra vida, proceden del pecado que debemos abominar, y que trataremos de evitar á toda costa. Así como debemos aprender tambien que si las glorias de María inmaculada tienen por fundamento la gracia de su Concepcion purísima, nosotros que á cada instante recibimos gracia para santificarnos, en esta sola hemos de cifrar nuestras glorias, porque ella es el principio sólido, fundamental y

único de las mismas; concluyendo de todo esto, que si el Señor hizo cosas grandes en la Concepcion de María, porque es poderoso y santo, en nosotros tambien obra maravillas, haciéndonos comprender en ese misterio lo horrible del pecado, y las bellezas de su gracia para que seamos dichosos: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

¡Ojalá, A. H. M., que estas reflexiones piadosas sean bastantes á haceros conocer todo lo funesto del pecado para concebir una aversion constante hácia él, y todo lo santo y glorioso de la gracia para que la ameis mas que á todos los tesoros que pudiérais poseer! No dejo de conocer la lucha que continuamente existe en nuestros corazones, habiendo sido, como somos concebidos en pecado, lucha entre el mal y el bien, entre el mal que lo repugna la conciencia recta, y que lo aconsejan y lo favorecen las pasiones desarregladas, y el bien que Dios lo inspira y que lo facilitan los suavísimos y eficaces movimientos de la gracia. Que no venza el mal, porque nos haríamos sobradamente desgraciados en el tiempo y en la eternidad. Antes bien cooperad con la gracia, y que esta sea la señora de nuestros corazones, estimándola mucho mas, infinitamente mas que todos los tesoros del mundo, y conservándola con mas vigilancia, con mayor solicitud y empeño que la mas preciada joya que hubiéramos adquirido, porque ella nos ilustra, nos mueve deliciosamente al bien, nos da la paz de la conciencia, nos justifica y nos garantiza la bienaventuranza. María nuestra buena Madre está de nuestra parte para que no perdamos esa gracia; recurramos á sus piés, y á la vez que la enalcemos por la gloria de su Concepcion inmaculada, pongámonos bajo su proteccion para que nos defienda y nos aliente hasta el fin de la vida.

Si, Madre mia; bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues Dios mismo, contemplando tan graciosa belleza y hermosura tan singular, se complace en tu Concepcion inma-

